

—Te voy á decir lo que hay que hacer inmediatamente.
—¿El qué? repliqué yo aguardándome alguna proposición mística.

—Profaremos el velador con esos famosos polvos *insectívoros* de que tanto hablan los periódicos, y que matan las chinches.

—¡Dios mío! ¿con qué tú no crees en los espíritus?

—¡En los espíritus!

El acento de despreciativa incredulidad con que respondió mi mujer, era digno del mismo Demócrito.

—Pero y ese continuo tic, tic, le dije yo.

—Yo daré fin de él.

Llamó á Catalina, la hizo fregar muy bien el velador, insecto con los polvos de matar insectos todas las junturas

de él, y cerró herméticamente con un encáustico ó preparación de cera, la rendija ó agujerito, y salió á paseo con su marido y con sus hijas.

—Mis presentimientos se han realizado desgraciadamente, papá, me dijo Conchita.

—Niñerías, hija mía.

—¿Pero no es sorprendente que salga una oruga de una mesa?

—No: es muy comun encontrar insectos en las maderas.

—¿Pero este velador tiene ya muchos siglos?

—¿Y qué importa eso? dije yo alegremente. ¿No se han descubierto sapos vivos en el corazon de piedras y rocas tan antiguas como la creación del mundo?

—Papá, vd. nos dirá lo que quiera, pero yo conozco que



Concha y Manuela dieron gritos de terror. Yo eché mano á una escopeta.

son los espíritus. ¿Por qué no hace vd. que se lleven de casa ese velador, ó lo quema?

Manuela apoyó la petición de su hermana.

Por una singular coincidencia, á medida que se aumentaba el terror de mis hijas, cobraba yo mas ánimo.

Llegó la noche.

Comenzó como siempre el tic, tic, y á las diez de la noche nos retiramos del comedor, colocando el vaso boca abajo sobre el sitio de donde nos parecia venir el ruido. Cerré el comedor con llave y me la metí en el bolsillo.

A la mañana siguiente no habia nada debajo del vaso, pero se oía el tic, tic. Volvió á comenzar la trepidación de mis hijas. Querian llamar á los vecinos, pero mi mujer se opuso fuertemente á ello. Ibamos á ser el ludibrio del barrio, así es que convinimos en callar, encargando mucho si-

SEGUNDA SERIE. — 1866.

lencio á la criada, y para mas seguridad no la dejamos esta semana irse á confesar, por miedo de que no contase al cura lo que pasaba.

Permanecí todo el dia en casa, y de hora en hora examinaba el velador, escuchando con febril atención. No salia nada pero continuaba el tic, tic.

Calculando que el bicho saldría cerca del amanecer, resolvimos mi mujer y yo quedarnos en el comedor para ver los primeros movimientos del insecto al romper su concha. Insistió mi mujer en que se quedasen con nosotros las niñas á fin de que se desengañasen de la falsa idea que tenían de los espíritus, porque mi mujer aseguraba que era una locura el imaginar que los espíritus hiciesen tic, tic, y tomasen la forma de orugas, luciérnagas, chinches y otros bichos.

Instalámonos para pasar la noche en vela: mi mujer y

AÑO XXIV. 21.

mis hijas se durmieron á poco en las butacas donde se habían colocado, quedando yo en despertarlas en el momento en que debiese hacer su aparicion, el esperado bicho segun unos, el espíritu segun otros.

Dos alarmas tuvimos por la noche.

A la una no había señal alguna de aparicion, y continuaba el tic, tic, pero unos borrachos que pasaban por la calle cantando desenfrenadamente: *viva Garibaldi, viva la libertad*, despertaron asustada á Conchita, que tardó un buen rato en tranquilizar sus nervios. La Manuela roncaba tranquila y poderosamente á pesar de su miedo.

A las tres de la madrugada nos asustamos todos. Un ruido terrible salió de debajo de la mesa.

¡Pop! ¡pop! ¡pop!

Esta vez nos estremecimos los cuatro. Yo tiré un cigarro que estaba fumando.

—¡Gran Dios! ¿qué es esto?

—¡Los espíritus! ¡los espíritus! gritó Conchita.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! gritaba Manuela.

—Es una tontería, dijo mi mujer, es una botella de cerveza que trajeron esta mañana y que ha reventado.

Volvimos, pues, á acomodarnos en las butacas, y siempre arrullados por el tic, tic. Nos faltaba el último golpe, la gorda, como se dice ahora. Estábamos todos muy dormidos.

¡Pam! ¡pam! ¡pam!

Bruscamente arrancados al sueño, dimos un salto poniéndonos en pié.

Concha y Manuela dieron gritos de terror. Yo eché mano á una escopeta, que por precaucion, pero sin decir nada á las mujeres para no asustarlas, había escondido en un rincón del comedor.

—¡Qué tontos! ¡qué tontos! dijo mi mujer encogiéndose de hombros, ¡es el burrero! que llama para traer la leche de burras, ¡sino que no calculamos la hora!

Miré al reloj. Eran las siete.

Mi mujer iba á abrir las persianas, empero cuando hubo acabado de abrirlas Conchita lanzó un grito. Medio en el agujero, medió debajo del vaso, apareció la oruga, reluciente como un ópalo en medio de la oscuridad general del comedor.

Asombradas, estupefactas, se quedaron Manuela y Concha.

Era una linda oruga, una brillante luciérnaga, brillante cual una piedra preciosa á los rayos del sol.

Manuela y Concha jamás habían visto una oruga semejante; para ellas, oruga era sinónimo de asco, de fealdad, así que cuanto mas la miraban, mas crecia su admiracion.

—¿Pero por dónde ha podido venir este animalito al velador? dijo Concha.

—Los espíritus pueden venir de todas partes, replicó sentenciosamente Manuela.

—Callad, dijo mi mujer.

—¿Oís todavía el tic, tic? les dije.

—No; fué la respuesta unánime.

—Bueno, entonces todo se ha concluido. Esta misma mañana consultaré yo el caso con una persona entendida.....

—Sí, sí, dijo Conchita, con el padre Chirivitas, nuestro confesor.

—No, respondió mi mujer, mas bien con el señor de Algosabe, que es un acreditado naturalista.

Por una feliz casualidad encontré aquella misma mañana en su casa, al célebre profesor Algosabe, y habiéndole enterado de todo quiso venir á ver por sí mismo el velador y la oruga.

—¿Y qué piensa vd. de esto? dije al sabio profesor, despues de enseñárselo todo.

Calándose sus gafas el docto profesor, inspeccionó minuciosamente el velador, rascó los agujeritos con la punta de su cortaplumas, pero sin decir ni una sola palabra.

—¿No es está, diga vd., una cosa extraordinaria? le preguntó ansiosamente Manuela.

—Muy extraordinaria, señorita.

Concha y Manuela cambiaron entre sí una mirada.

—¿Pero diga vd., no es muy maravilloso, muy maravilloso? repitió Concha.

—Muy maravilloso, señorita.

Mis hijas cambiaron de nuevo significativas miradas, y mas animada Concha, volvió á tomar la palabra.

—¿Y no cree vd. que pueda ser obra de..... de..... los esp?....

—¿De los espíritus? No, señora, replicó secamente el hombre de la ciencia.

—Hijas mías, dije interviniendo yo, recordad que estais hablando con el señor Algosabe, catedrático y distinguido profesor.

Yo no repetiré aquí todas las espresiones de mi buen amigo el señor Algosabe, que aunque lucido es un poco prolijo. Estas cortas palabras bastaron.

Lo que nos había sucedido no carecia absolutamente de ejemplo. He dicho que el velador era de manzano, madera que gusta mucho á diferentes insectos. Las orugas provienen de los huevecillos depositados en la corteza del árbol cuando estaba vivo. Por un atento exámen del agujerito ó rendija de donde había salido la última oruga, en relacion con las capas corticales de la tabla, por el abono de una pulgada y media el largo de un grano antes de que la oruga hubiese, royendo, abierto un camino para salir, y por el cálculo de todas las capas corticales de la mesa con una suposicion razonable por la cantidad quitada exteriormente al fabricarse el velador, se demuestra que el huevo debió de haber estado depositado en el árbol noventa y nueve años casi antes de cortarse el árbol. Pero entre la caída del árbol y la época presente ¿cuánto tiempo se habrá pasado? El velador ó mesa redonda, se remonta al siglo XVI.

Hace por consiguiente cosa de tres siglos y medio que el huevo de la oruga se hallaba depositado en el manzano.

Tal fué al menos el cálculo del profesor Algosabe.

—Ahora, Conchita, dije despues de la exposicion científica del asunto (aunque confieso que no la comprendí muy bien de seguida) ¿en dónde están tus espíritus?

—Sí, sí, ¿dónde están? insistió diciéndo mi mujer.

—Vd. dirá lo que quiera, replicó Concha levantando el vaso en donde estaba la oruga, si esta linda criatura no es un espíritu, nos dá una leccion espiritual. Si despues de trescientos cincuenta años de inhumacion un simple insecto, renace resplandeciente de luz, ¿podrá dudarse que hay una resurreccion gloriosa para el espíritu del hombre? ¡Los espíritus! ¡los espíritus! ¡los espíritus! exclamó con entusiasmo, yo creo todavía en los espíritus, únicamente que creo en ellos con tranquilidad, con gusto, cuando antes no pensaba en ellos sino con miedo y disgusto.

El misterioso insecto no gozó largo tiempo de su radiante vida. Espiró al día siguiente, pero mis hijas lo han conservado en un frasquito de espíritu de vino y lo tengo colocado sobre el mismo velador de manzano.

LA FUENTE DE MONTAL.

LEYENDA ALCOYANA.

Saliendo de la ciudad de Alcoy por el puente de Cristina, y siguiendo la carretera que hoy se llama de Valencia, queda el forastero sorprendido al contemplar un paisaje que, por lo ameno y pintoresco, recuerda las tan celebradas descripciones que varios escritores hacen de la Suiza. Empinadas montañas que bajan casi hasta el borde del camino en verdes y risueñas colinas, multitud de labor y de recreo rodeadas de frondosos árboles entre los que descuellan alguna esbelta y elevada palmera, el río que en una hondanada se aleja murmurando, huertas que con su esmerado cultivo ostentan la riqueza de nuestro suelo; en fin, todo aquello que constituye un paisaje verdaderamente bello por su pintoresca variedad, encanta la vista del que por primera vez tiene ocasión de visitar sitio tan delicioso.

Siguiendo el camino de Valencia y entre el puente de San Roque y el de Benisayó, hay á mano derecha un sendero que baja hasta el río Barchell.

Antes de llegar á la mitad de este estrecho camino, oye-se como un leve murmurio, indicio que no muy lejos de allí brota alguna fuente. En efecto, en una especie de recodo que forma el sendero, sale á borbotones por entre unas peñas gran cantidad de agua cristalina, que, cayendo en un pilón fabricado no con mucho esmero y casi al nivel del suelo, va á perderse murmurando en el río Barchell.

Esta fuente donde acuden las noches de verano algunas personas que desean respirar el aire libre y puro del campo y calmar la sed con agua fresca y trasparente, se llama fuente de Montal.

Pocos son los alcoyanos que ignoran que acerca de dicha fuente se cuenta desde remotos tiempos una historia triste. Pero hasta ahora, nadie se ha propuesto averiguar si la tradicion popular que de boca en boca corre, tiene una sombra siquiera de verdad y cual es su desenlace natural.

Yo que siempre he tenido especial predileccion á las leyendas populares, he tratado de indagar cuanto tiene relacion con la que voy á referir, y no con poco trabajo he conseguido reunir todos los datos, á mi entender, necesarios.

Donde he encontrado tales noticias no os lo puedo, ó mas bien, no os lo quiero decir; algun derecho ha de reservarse el autor. Mi pobre imaginacion me tiene prohibido ser hablador en semejantes casos.

Antes de entrar en materia, solo quiero rogaros que seais indulgentes y me perdoneis si mi pobre y desaliñado relato no responde al asunto: escribir leyendas es mas difícil de lo que parece, si han de recordar siquiera el estilo sencillo y brillante á la par que emplea el pueblo en sus poéticas y melancólicas tradiciones: el pueblo, que es el verdadero poeta.

Dicho esto, queridos lectores, doy principio á mi cuento, sin molestaros mas con difusas digresiones, rogándoos solamente que me concedais unos momentos para coordinar mis recuerdos y dar á mi humilde escrito la forma y conexión convenientes.

I.

Montados en dos hermosos caballos, iban al caer de la tarde, un día de primavera de mil quinientos y pico, un apuesto y ricamente vestido caballero y su escudero, quie-

nes se dirigian lentamente por una senda bastante ancha hacia el castillo de Margall, situado en lo alto de una roca á no muy larga distancia de la villa de Cocentaina.

Tiempo hacia que caminaban silenciosamente, cuando el caballero, al divisar los torreones del almenado castillo, echó una mirada imperiosa al escudero, moviendo ligeramente la cabeza, lo cual fué bastante para que el servidor acercara su caballo todo lo posible al de su buen señor y amo.

—Pedro, dijo de pronto el caballero con acento nada cariñoso, es preciso que antes de terminar la semana se encuentre Maria en mi castillo; es preciso ¿lo oyes?

—Pero, señor, contestó en tono humilde el escudero, yo no respondo de que mi plan tenga buen éxito. Ya sabeis con cuanto cuidado la vigila su padre, y tambien sabeis, porque vos mismo lo habeis visto, que la defiende su virtud, y la virtud es un enemigo muy temible, invencible muchas veces.

—Pedro, no me hables de su virtud; la misma resistencia que á mis deseos opone, es causa de que sea mayor mi anhelo, de que mi empeño en ganar un corazón tan rebelde sea ya para mí una fuerza irresistible ante la cual no hay obstáculos insuperables.... ¡Su padre! ¿Y qué me importa su padre?... Ella tiene virtud; yo tengo voluntad, y esta, cuando es de hierro, triunfa siempre de aquella. Mañana estará Maria en mi castillo.

Y señor y escudero, dando espuelas á los caballos, se perdieron por la tortuosa y empinada senda que conducia á una puerta falsa del castillo de Margall.

El eco repitió un momento el sonoro galope de los corceles, y luego el silencio, un instante interrumpido, volvió á reinar en aquellos solitarios contornos.

—

Al pié de la sierra Mariola, en el campo que hoy se conoce por el nombre de Riquier, habia en los tiempos á que me refiero, una casa de dos cuerpos y de modesta apariencia, en la que vivia un honrado labrador, tributario de un señor muy rico de Alcoy, á quien habia servido durante las guerras contra los moros, retirándose despues con sus dos hijas á aquella modesta y apartada vivienda.

Jorge Perez no vivia mas que para sus dos hijas Maria y Rosa, conocidas en toda la comarca por su hermosura, y mas aun por su incomparable virtud.

Como buen padre las queria con ese amor inalterable y un tanto egoísta, que hace del objeto amado un ídolo, junto al cual no hay personas ni cosas que tengan el menor precio.

Jorge queria á sus hijas casi *con religion*, y como era natural Maria y Rosa correspondian con usura á tan generoso y entrañable cariño.

El honrado labrador, que tanto habia aprendido en la guerra, disfrutaba en la paz del hogar doméstico la quietud y verdadera tranquilidad, digno premio á sus fatigas pasadas.

Su nombre, su honradez, su caridad y su buen trato le hacian no solamente querer, sino tambien respetar de todos los habitantes de Alcoy y sus cercanias, siendo de extrañar que en unos tiempos en que tan postergada estaba la clase pobre, hubiera un hombre humilde de todos tan respetado y hasta querido de su mismo señor. Tal es la fuerza de la virtud, que siempre, aun en las épocas mas remotas, ha ejercido su inmenso dominio.

Pero cierto es tambien que la virtud, perseguida sin cesar en todos tiempos, espuesta siempre al furor y á las tribulaciones del mundo, combatida por el vicio, su enemigo implacable, ha sostenido una lucha aun no terminada, en la cual, si bien nunca vencida, ha sufrido y sufre las contradicciones y los dolores que padece quien ha de triunfar sin armas, por medio de la raza y la nobleza de sentimientos.

Por eso la paz que reinaba en la modesta casa de Jorge Perez, la dicha que hacia algunos años favorecia con sus envidiables dones á aquella humilde familia, la tranquilidad, único bien de aquellas dos inocentes jóvenes, todo desapareció en un momento, trocándose en penas y sinsabores, con que el cielo quiso probar aquellas almas virtuosas.

Triste cosa es el mundo, puesto que en el mundo el dolor es como la sombra que proyecta la alegría: siempre la sigue de cerca.

(Se continuará.)

AUGUSTO FERRAN.

Ser solitario y pobre es el secreto de los héroes de espíritu. Vivir con poco y con corto trato, defender la integridad de su conciencia por medio de necesidades limitadas en el cuerpo y de satisfacciones en el alma, es como se han formado todas las virtudes varoniles.—LACORDAIRE: *Vida de Santo Tomás de Aquino*.

La verdad es como una semilla imperceptible: vuela por el aire y va á caer donde no se sabe; queda enterrada debajo de un monton de estiércol y un hermoso día aparece bajo la forma de una mata de yerba. Un transeunte la ve, la coge y la enseña á todo el universo.—A. DE MUSSET.

RECUERDOS DE UN VIAJE A GRAN VELOCIDAD.

ARTICULO I.

El 28 de agosto del año de gracia 1862 á las seis de la tarde sali de París, lloviendo á mares, por mas señas, en compañía de mi amigo Mr. Bouillé-Laplace, bastante conocido de los lectores del Museo por sus excelentes crónicas, y dos individuos de mi familia, con direccion á Bruselas, donde llegamos á las once de la noche sin habernos detenido mas que en Quievrain para registrar los equipajes, ni haber visto sino de lejos la plaza de Valenciennes, notable solo por sus fortificaciones dirigidas por Vauban, ni mucho menos Mons, la antigua *Montes Hannoniæ* de los romanos, que ni siquiera pudimos ver porque era ya bastante cerrada la noche, si bien se presentaba estrellada y serena despues del gran aguacero de por la tarde, lo cual nos dió esperanza de que el tiempo nos favoreciese durante la breve expedicion que nos propusimos hacer, y así sucedió en efecto. Dicen que en Mons hay una bonita iglesia gótica; una torre construida por los españoles en 1662, sobre una colina que domina la poblacion; una estatua erigida á Rolande de Lassu en 1853 y no sé cuantas cosas mas dignas de visitarse, pero cuando se viaja en ferro-carril, hay que contentarse con lo que dicen las Guías en lo tocante á las poblaciones intermedias y juzgar del aspecto del país desde el wagon.

Bruselas dista 364 kilómetros de París, y es una ciudad

de agradable aspecto, donde se habla el mismo idioma que en Francia, se usan las mismas modas, los mismos trajes, y sin embargo, se nota ya cierta diferencia que indica que no es una poblacion francesa. Tiene 260,000 habitantes y está situada á la márgen del Sena, parte en una llanura y parte sobre una colina. Nosotros la recorrimos en todas direcciones en un carruaje la mañana del día siguiente de nuestra llegada, y es inútil que diga que visitamos la famosa iglesia de Santa Gudula, la casa de ayuntamiento, el palacio real, el de la nacion, ó sea la cámara de diputados, la bellísima galería de cristales llamada de San Huberto, construida al principio del reinado del último monarca Leopoldo, que puso la primera piedra; la plaza de los Mártires, donde está el monumento erigido á los que sucumbieron peleando por la independencia en 1830 y la famosa fuente llamada de el *Manneken-Pis*, que por su originalidad merece se haga de ella mencion especial. En un ángulo que forman dos calles cuyo nombre no recuerdo, pero que no son de las mas concurridas ni principales de la ciudad, está la fuente, que consiste en un pedestal sencillo sobre el cual se eleva la estatua de bronce de un niño en actitud de ori-



nar, obra de Duquesnoy, que reemplazó en 1648 á la primitiva que era de piedra. El Manneken-Pis es para Bruselas una especie de paladion; los habitantes lo han nombrado primer ciudadano y ha recibido honores y distinciones de varios soberanos; el elector de Baviera le regaló un magnífico guarda-ropa y le nombró un ayuda de cámara; habiéndole insultado algunos granaderos franceses en 1747, Luis XV, para reparar estos ultrajes, le nombró caballero de la orden de San Luis, y le regaló un traje completo con espada y sombrero de pluma; cada año el día de la gran fiesta de Kermeste, que es en el mes de julio, se le vestía con alguno de estos ricos trajes, pero desde 1830, solo se le puso el de oficial de la milicia ciudadana. En 1817 desapareció repentinamente el Manneken-Pis, lo cual produjo una verdadera consternacion en la ciudad, pero por fortuna se le encontró en poder de un presidiario, y se le colocó de nuevo con gran pompa en su pedestal el día 6 de diciembre de 1818. Yo quise averiguar el origen de esta estatua y la causa de la especie de adoracion que lleva consi-

go, y todo lo que supimos es que hace algunos siglos un niño de siete años llamado Godofredo, hijo de los duques de Bravante, se escapó del palacio de su padre y después de haberlo buscado largo tiempo por la ciudad, se le encontró en el lugar que ocupa la fuente haciendo el mismo menester que hace la estatua, de cuyas resultas, y su demostración de alegría, los duques mandaron construir el monumento objeto hoy de veneración para los bruseleses, sin que se sepa la causa, lo que prueba que ni aun los pueblos mas cultos están libres de supersticiones inespliables.

A las dos de la tarde salimos de Bruselas para Colonia, donde llegamos á las diez de la noche sin habernos detenido ni en Lieja para contemplar la iglesia de Santiago, llamada con razon *La Maravilla*, ni en Verviers para visitar sus renombradas fábricas de paños, ni en Aix-la-Chapelle ó *Aquisgran*, como nosotros la llamamos, tan célebre por sus recuerdos históricos. Nuestra primera diligencia al despertarnos la mañana siguiente fué visitar la famosa catedral de Colonia, comenzada en 1248 por un arquitecto desconocido, sobre el terreno donde se habian levantado antes dos basílicas; el templo fué consagrado sin estar concluido, en 1322 por el arzobispo Enrique II conde de Birnenburgo, y los trabajos continuaron todavía durante dos siglos, hasta 1506 que cesaron por completo. Esta iglesia fué mutilada en el siglo pasado á pretexto de embellecerla y la revolucion francesa la destinó para almacenes de forrajes. El 1820 el príncipe real de Prusia hizo que se votasen fondos á fin de reparar los destrozos que habia sufrido y proseguir la construcción, y desde entonces se trabaja constantemente, pero con tal lentitud que se calcula en 120 años el tiempo que ha de emplearse todavía en concluirla. Las principales curiosidades de la catedral de Colonia son: los magníficos cristales de colores, regalados en 1848 por el rey Luis de Baviera, y los que le dieron de igual clase en 1288 Juan, duque de Bravante y Diederich de Cleves; las estatuas de los Apóstoles, de la Virgen y de Cristo; el sepulcro del arzobispo Conrado de Hochteden, fundador de la catedral; la capilla de los tres reyes Magos; la caja que contiene sus huesos, que es de oro macizo y piedras preciosas, cuyo valor se calcula en dos millones de thalers (sobre veinte y cinco millones de reales), no obstante el robo cometido en 1820 de cuyas resultas el sepulcro está encerrado en una bóveda de piedra con puertas de hierro y una verja exterior del mismo metal; el monumento funerario de Santa Irmengarda, condesa de Zurphe, el *Dombild*, cuadro pintado en una puerta de dos hojas y atribuido á Estéban de Colonia, que representa cuando están abiertas la adoración de los Magos, y cerradas la Anunciación de la Virgen y el *Schatzkammer* ó cámara del tesoro que encierra un gran número de ornamentos sacerdotales y vasos sagrados.

Al entrar en la iglesia el primer saludo que se recibe es el de unos hombres encargados de pedir limosna para continuación de la obra, y estos nos pusieron en contacto con un guía, que empezó por decirnos que entendía y hablaba el castellano porque habia hecho la guerra en España á principios de este siglo; lo primero era verdad, pero respecto á lo segundo tuvimos que rogarle que nos hablase en francés, porque no entendíamos una palabra del lenguaje que él llamaba castellano. Después de recorrer el templo en todas direcciones y de examinar con detenimiento sus curiosidades, nos sentamos á descansar en unos bancos cerca de la puerta de entrada, desde donde veíamos los traba-

jadores que sobre los andamios se ocupaban en continuar la obra con tanta decisión y buena voluntad, como si estuviese próximo el término. Esto dió motivo para que lamentásemos el que tan suntuoso edificio no estuviese concluido al cabo de mas de seis siglos que se empezó, y nuestro guía que nos escuchaba de pié con mucha atención, exclamó entonces: «¡Oh no se ha concluido porque no puede concluirse.»

—Pues ¿cómo es eso? repliqué yo. Si no puede concluirse ¿por qué trabajan?

—Trabajan los operarios para ganar la vida, y los que los mandan porque no quieren creer que la conclusión es imposible.

—Espliquenos vd. ese enigma, dijimos todos á la vez.

—Con mucho gusto, pero es un poco largo.

—No importa; tenemos tiempo mientras descansamos, y si á vd. no le molesta....

—Al contrario, dijo nuestro hombre; y sentándose en la esquina del banco que ocupábamos, después de tomar un polvo de rapé pausadamente, principió su relación de esta manera:

Queriendo el arzobispo Conrado de Hochteden edificar una catedral que escudiese á todas las iglesias de Alemania y de Francia, pidió un plano al mas célebre arquitecto de Colonia, cuyo nombre ha perecido y después veremos por qué. Paseábase, pues, el arquitecto por las márgenes del Rhin cavilando en aquel plano, y llegó pensativo hasta el punto llamado *la puerta de los Francos*, donde aun en el día existen algunas estatuas mutiladas. Sentóse aquí teniendo en la mano una varita, con la que señalaba en la arena los perfiles de la catedral, borrábalos en seguida y después empezaba á formar otros. El sol iba muy pronto á ponerse, y las aguas del Rhin reflejaban sus últimos rayos. «¡Ah! decia el artista al contemplar el ponerse el sol, una catedral cuyas torres elevadas hasta el cielo conservarán la luz del día cuando en el río y en la ciudad reina ya la noche, seria hermosísima.» Y volvía á empezar sus perfiles en la arena.

Hallábase sentado cerca de él un viejecito, quien, al parecer, lo estaba con atención observando. Habiendo una vez creído el artista hallar el plano que buscaba y exclamado: «¡Sí, este es!» el viejecito dijo en voz baja: «Sí, ese es el de la catedral de Estrasburgo.» Efectivamente tenia razon, porque el artista se habia creído inspirado y solo tuvo una reminiscencia. Borró, pues, aquel plano y se puso á formar otros. Cada vez que se alegraba por haber trazado un plano que le parecia conforme con su idea, el viejecito, burlándose, decia á media voz: «Maguncia, Amiens,» ó cualquier otra ciudad famosa por su catedral, y el artista comprendia con despecho que sus inspiraciones eran solamente recuerdos.

—¡Cáspita! Mi amo, dijo el artista cansado de las burlas, á vd. que tanto se mofa desearia yo verlo trazando el plano.

El anciano no contestó nada y continuó con sus burlas, lo cual picó al artista.

—Veamos, haga vd. la prueba. Y le presentaba la varita que en la mano tenia.

El anciano lo miró de un modo particular, y, cogiendo en seguida la varita, empezó á formar en la arena algunas líneas, pero con tal aire de inteligencia y de maestría que obligó al artista á exclamar al punto:

—¡Ah! veo que vd. conoce nuestro arte. ¿Es vd. de Colonia?

—No, contestó á secas el anciano devolviendo al artista la varita.

—¿Por qué no continúa vd.? le dice éste. Sirvase vd. concluir.

—No, porque vd. se apropiará mi plano de catedral y se llevará toda la fama.

—Oyeme, anciano, aquí estamos solos (y efectivamente en aquel momento la orilla estaba desierta y la noche se ponía cada vez mas oscura), te doy diez escudos de oro si delante de mí concluyes ese plano.

—¡Diez escudos de oro á mí! Y al decir el anciano estas palabras sacó de debajo de su capa una enorme bolsa, que arrojó, y que por el estruendo de su caída, conocióse que estaba llena de oro.

Apartóse algo el artista, pero volviendo á poco con aire sombrío y agitado, cogió por el brazo al anciano y sacando al mismo tiempo un puñal, le dice:

—Acáballo, ó si no morirás.

—¡A mí violentarme! Y desasiéndose de su adversario el anciano con fuerza y agilidad sorprendentes, lo tiende á sus piés, y levantando tambien un puñal le dice al consternado artista:

—Ahora bien, ya que sabes que nada valen conmigo el oro ni la violencia, puedes tú póseer y llevarte la fama de este plano que delante de ti he bosquejado.

—¿Y cómo? dijo el artista.

—Dame tu alma para toda la eternidad.

El artista dió un grito haciendo la señal de la cruz, y el demonio desapareció al punto.

Al volver en sí el artista se encontró tendido en la arena. Levantóse y se retiró á su casa, donde la anciana que lo cuidaba y que había sido su nodriza, le preguntó por qué venia tan tarde; mas el artista no la escuchaba. Sirvióle ella la cena, pero él no comió nada. Acostóse, echándose á soñar con apariciones, en las que siempre se representaban á su vista el anciano y las admirables líneas del plano que aquel empezara á formar. Esta catedral que debía esceder á todas las demás, esta obra maestra que era su sueño dorado, existia ya y tenia su plano. Al día siguiente se puso á trazar las torres, las fachadas, las naves; pero nada podía satisfacerle. El plano del anciano, aquel maravilloso plano, era el único capaz de llenarle. Se fué á la iglesia de los Santos Apóstoles y estuvo orando. Pero ¡vanos esfuerzos! Esta iglesia pequeña, baja y estrecha, ¿qué sería comparada con la misteriosa iglesia del anciano? Al anochecer se volvió á encontrar, sin saber cómo, en la orilla del Rhin. Reinaban la misma soledad y silencio que la víspera, y él se adelantó hasta la puerta de los Francos. El anciano estaba de pié teniendo en la mano una varita, con la que señalaba en la muralla. Cada línea que hacia era una ráfaga de fuego, y todas estas líneas inflamadas cruzábanse y mezclábanse de mil modos, dejando no obstante ver, en medio de esta confusion aparente, formas de torres, campanarios y agujas góticas que, despues de haber brillado un instante, se borraban en la oscuridad. Unas veces parecia que estas ardientes líneas se colocaban para formar un plano regular; otras veces creia el artista que iba á ver resplandecer el plano de la maravillosa catedral; pero de repente confundíase la imágen, sin que la vista pudiese examinar nada en ella.

—¡Hola! ¿quieres mi plano? le dijo el viejo.

El artista dió un profundo suspiro:

—Si lo quieres, habla. Y al decir esto trazó en la muralla el dibujo de una fachada que al punto borró.

—Haré lo que tú quieres, dijo el artista sin saber lo que se decia.

—Pues hasta mañana á media noche.

Al día siguiente se levantó el artista con el humor vivo y alegre. Habíalo olvidado todo, á escepcion de que al fin iba á ver el plano de una catedral nunca vista, con que estaba cavilando hacia mucho tiempo. Púsose á la ventana, porque el tiempo estaba hermosísimo. El Rhin se estendia formando una media luna con sus aguas, que brillaban con los rayos del sol, y sobre sus márgenes parecia que Colonia bajaba y se escurria suavemente hasta la ribera y desde esta á las olas donde se bañaba el pié de sus murallas. «Veamos, se decia el artista, ¿dónde he de colocar mi catedral? Y con la vista se ponía á buscar algun paraje á propósito. Ocupado así con estas ideas de alegría y de orgullo, vió que su anciana nodriza salia de casa vestida de negro.

—¿Adónde vas, ama? le gritó el artista, ¿adónde vas así vestida de negro?

—Voy á la iglesia de los Santos Apóstoles, á oír una misa para sacar un alma del purgatorio. Y se retiró.

¡Una misa para libertar una alma! Y cerrando al punto la ventana y echándose en su cama, decia anegado en lágrimas: «¡Una misa para libertar un alma! Pero para mí no habrá ni misa ni oracion que me pueda libertar. Estoy condenado y condenado para siempre, porque lo he querido.» En este estado lo encontró la nodriza, cuando volvió de la iglesia. Le preguntó qué era lo que tenia, y como en un principio no le contestara, se puso ella á rogarle con tantas lágrimas, que no pudiendo el artista resistir mas, le contó lo que él tenia prometido.

Al oír la infeliz mujer esta narracion, se quedó inmóvil. ¡Vender su alma al demonio! ¿Era posible semejante atentado? Luego no se acordaba él ya de las promesas de su bautismo ni de las oraciones que ella en otro tiempo le habia enseñado. Era preciso que él fuera á confesarse. El artista no hacia mas que sollozar. Ya la imágen de la maravillosa catedral, pasando por su vista fascinaba su mente, ya la idea de su condenacion eterna se despertaba tan viva y tan aguda, que le hacia estremecerse en la cama. La nodriza, no sabiendo qué hacer, determinó ir á consultar á su confesor. Refirióle á este lo que pasaba, y el sacerdote se puso á cavilar.

—¡Una catedral que hiciera á Colonia la maravilla de la Alemania y de la Francia!

—Mas, padre mio....

—¡Una catedral á la cual vendria de todas partes la gente en peregrinacion!

Y despues de haberlo el sacerdote meditado y pensado bien, dijo:

—Ama (entregándole al mismo tiempo un relicario de plata), aquí tiene vd. una reliquia de las once mil vírgenes. Désela vd. á su señorito, y que la lleve consigo cuando vaya á la cita. Antes de firmar este ningun compromiso, ha de procurar quitarle al demonio el plano de su maravillosa iglesia, y despues enseñará esta reliquia.

Las once y media eran cuando el artista salió de su casa, donde el ama quedó orando, y hasta él mismo habiaorado gran parte de la noche. Debajo de la capa llevaba la reliquia que debía servirle de resguardo. En el sitio convenido encontró al demonio, quien esta noche no se ocultaba bajo ningun disfraz.

—No temas nada, le dijo al arquitecto, que estaba temblando: no temas nada y acércate. (El arquitecto se acercó.) Aquí tienes el plano de tu catedral y el compromiso que debes firmar.

Conoció el artista que de aquel momento dependía su salvación. Hizo una oración mental, encomendándose á Dios, y en seguida cogiendo con una mano el maravilloso plano y teniendo en la otra la santa reliquia, exclamó:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y por la virtud de esta Santa reliquia, retírate, Satanás.

Y al decir estas palabras, repetía la señal de la santa cruz.

El demonio quedó inmóvil por un instante.

—Un sacerdote te ha aconsejado eso, le dijo al artista.

Algunos momentos estuvo todavía, como procurando recoger su plano ó arrojarse sobre el artista para matarlo. Pero estaba este muy precavido, teniendo sobre su pecho el plano y cubriéndose con la santa reliquia, como con un escudo.

—¡Soy vencido, dijo Satanás, pero sabré vengarme, no obstante tus sacerdotes y tus reliquias. Borrará tu nombre de la memoria de los hombres. No te condenarás, arquitecto de la catedral de Colonia, pero serás olvidado y desconocido, y la catedral no se acabará nunca.

El demonio desapareció al concluir de hablar.

Estas últimas palabras hicieron particular sensación en el artista. ¡Olvidado y desconocido! Volvióse triste á su casa, aun cuando dueño del maravilloso plano. No obstante, al día siguiente hizo que le dijeran una misa en acción de gracias. Comenzáronse en seguida los trabajos de la catedral. Viendo el artista que cada día iba esta obra adelantándose, esperaba que serían vanas las predicciones del demonio, y en cuanto á su propio nombre prometiase hacerlo esculpir en una lámina de bronce puesta en la fachada. Ilusoria esperanza! porque muy en breve las discordias entre el arzobispo y los habitantes de Colonia hicieron suspender las obras. El artista murió de repente, y con ciertas circunstancias que hicieron creer había el demonio acelerado su muerte. Desde entonces han sido inútiles tanto los esfuerzos que en diferentes épocas se han hecho para concluir la catedral de Colonia, como las solícitas investigaciones de los sabios de Alemania con la mira de descubrir el nombre del arquitecto. La catedral, como vds. ven, sigue sin concluir y el nombre del artista permanece ignorado. De algunos años á esta parte ha hecho el gobierno de Prusia continuar las obras. Pero no creo que se consiga nada. Hay, sin duda, un poder misterioso que impide que jamás sea concluida, un poder tan grande como el del demonio en el que yo no creo; para concluir la catedral de Colonia se necesitarían muchísimos millones, y en estos tiempos se gasta mejor el dinero en fusiles que en templos.

Nos despedimos de nuestro guía dándole las gracias y una buena propina, que recibió con marcadas muestras de satisfacción, y despues de recorrer la ciudad, que no tiene mucho que ver, fuera de la catedral, y de proveernos de algunos frascos del agua que lleva su nombre, comimos en la fonda magníficamente al estilo alemán, y salimos á las tres de la tarde para Francfort.

No puede imaginarse nada mas bello y pintoresco que la travesía de Colonia á Maguncia, ya sea que se haga el viaje en un vapor por el Rhin, ó bien en camino de hierro por cualquiera de las orillas del río, pues en ambas lo hay. Nosotros no lo hicimos porque teníamos necesidad de apresurar nuestro viaje, pero aconsejamos á los que puedan hacerlo que, una vez en Maguncia, y despues de visitar sus fortificaciones y su antigua, pero no bella catedral, la estatua de Guttemberg, allí nacido, y que es menos bella que la de Francfort,

y de escuchar, si es posible, la retreta de una música militar austriaca, tomen el vapor, que á todas las horas del día sale de las orillas del Rhin para recorrer en toda su extensión este magnífico río. Los billetes que para el trayecto de Colonia á Maguncia, un día entero, cuestan dos duros en primera cámara, son valederos durante un mes. El viajero puede subir y bajar en todos los puntos de tan pintoresco trayecto. Ya Bingen, situado en posición deliciosa, ya Johannisberg, tan célebre por sus vinos, ya Saint-Goar con la poética leyenda de *Las siete hermanas*, ya Coblenza en la confluencia del Rhin y del Moselle con sus admirables fortificaciones y sus recuerdos romanos, ya Rolandsek, que guarda las proezas de Rolando, ya Bonn con sus estúas de Santa Elena, madre de Constantino, y de Bethoven ya las ruinas de Reinfels, teatro de las proezas de Cárlos el Temerario, el sitio, el río, las orillas, las ruinas, los palacios, las abadías, los hoteles rodeados de jardines, el vapor que viene, la barca que boga, la locomotora que á una y otra orilla se adelanta, todo hace del viaje del Rhin una cosa encantadora.

Francfort-sur-le-Mein, donde llegamos á las once de la noche, se considera, con justo título, como una de las mas hermosas ciudades de Alemania. Tiene con qué seducir á los que la visitan y buscan en todas partes la facilidad y agrado de la vida, la regularidad y aseo de las calles, el aire y la luz ámpliamente esparcidos y hasta en la apariencia exterior de las casas la gracia, el lujo y la comodidad de la vida moderna. No agrada menos á los que viajan examinando lo pintoresco y los recuerdos históricos, y se apasionan por los antiguos castillos, iglesias y edificios de época remota.

El autor del *Rhin* ha pintado con los magníficos colores y exactos toques, que le son habituales, el antiguo Francfort, que se agrupa alrededor de su colegiata «doble nave, cruzada del siglo XIV, con una hermosa torre del siglo XV, por desgracia todavía sin concluir. El interior únicamente se halla estucado..... Las paredes son blancas, no hay vidrieras; existe un rico mobiliario de altares esculpidos, de sepulcros iluminados y de bajos relieves.» La iglesia está rodeada de mercados. La carnicería «ocupa dos antiguas calles que conducen á una plaza de mediano tamaño, una de esas plazas cuadriláteras, alrededor de las cuales todos los estilos y todos los caprichos de la arquitectura comun de la Edad Media y del Renacimiento se ven representados por casas-modelos, donde, según la época y el gusto, la ornamentación lo ha empleado todo con prodigiosa oportunidad, tanto la pizarra como la piedra, el plomo como la madera..... Hacia la mediación de la plaza han germinado, como dos zarzas vivas, dos fuentes, una del Renacimiento, y la otra del siglo XVIII. Sobre estas dos fuentes se encuentran y se están mirando de pie cada cual, en la cúspide de su columna, Minerva y Judith, la heroína homérica y la heroína bíblica, la una con la cabeza de Medusa y la otra con la de Holofernes..... Frente se elevan con su cuadrante negro y sus cinco graves ventananas de desigual altura, las tres paredes inmediatas del Roemer. Aquí es donde se elegían los emperadores, y en esta plaza se les proclamaba. En la misma plaza (en las calles inmediatas y en el malecón), se celebraban, y se celebran todavía, las dos famosas ferias de Francfort, la de setiembre y la de Navidad.»

El poeta hace de la calle de los Judíos una pintura tal como Rembrandt la hubiese imaginado; una pintura llena de tinieblas, donde en un rayo de luz se ven misteriosas

figuras; pero su descripción no es ya exacta en el día. En aquellas siniestras moradas, «fortalezas mas bien que casas, cavernas mas bien que fortalezas,» parte está demolida, y la luz, cayendo á oleadas en la ensanchada calle, alumbra casas blancas. La calle de los Judios no tendrá muy pronto que envidiar nada á la Zeil, la calle mas ancha de



Malecon de Francfort-sur-le-Mein.

Francfort y la mas animada, rodeada toda de almacenes y grandes edificios. Ahi es donde reside el centro y el movimiento de la vida comercial; pero las habitaciones ricas están situadas en su mayor parte fuera del antiguo recinto de la ciudad, á la parte de allá de los jardines.